

sentémonos una sala de Academia llena de confusión y ruido. Un tropel de poetas, de novelistas y de escritores de todos géneros, teniendo casi todos cierto empaque francés en la figura y en las maneras, por más que quieran ocultarlo, declaman sus propias obras procurando apagar la voz de los demás, para hacerse oír del público de las tribunas, el cual, á su vez, se ocupa en leer los diarios y discutir sobre política. De vez en cuando una voz armoniosa y vibrante domina el tumulto, y entonces cien voces gritan desde un ángulo de la sala. "¡Es un carlista!"—y una salva de silbidos sucede á los gritos, ó bien: "¡Es un republicano!"—y otra salva de silbidos, que resuena en otro rincón de la sala, apaga aquella voz vibrante y armoniosa. Los académicos se tiran los diarios estrujados y hechos proyectiles, y aullan, mejor gritan: "¡Ateo! — ¡Jesuita! — ¡Demagogo! — Neo-católico! — ¡Traidor! — ¡Veleta!"—Si se atiende á los lectores, se oyen estrofas armoniosas, redondeados períodos, frases sonoras; el primer efecto es agradable; aquello es realmente poesía y prosa llenas de calor, de vida, de rayos de luz, de comparaciones felices, sacadas de cuanto brilla y se mueve en el cielo, en la tierra y en el mar; y todo esto vagamente animado con colores orientales y ricamente vestido de armonía italiana. Pero ¡qué diablos! esto no es más que literatura para los ojos y para los oídos; música y pintura; y rara vez la musa, entre aquella nube de flores, deja caer la piedra preciosa de un pensamiento; y de esta lluvia luminosa solo queda ligero perfume en el aire y el eco de un liviano arrullo en el oído. Al mismo tiem-

po se oyen en la calle los gritos del pueblo, tiros y redobles de tambor; á cada instante un artista abandona el palenque y se va á tremolar una bandera entre la turba; desaparecen de dos en dos, de tres en tres, en grupos, para aumentar la muchedumbre de periodistas, el ruido y las variaciones continuas de la cosa pública dan al traste con las obras más tenaces y de más aliento; en vano algun solitario grita á la turba:—"¡En nombre de Cervantes, detenéos!—Algunas voces potentes responden á ese grito, pero son voces de hombres que viven en el apartamiento, muchos de ellos próximos á emprender el viaje del cual no se regresa. Y aquella es la voz de Hartzenbusch, el príncipe del drama; Breton de los Herreros, el príncipe de la comedia; Zorrilla el príncipe de la poesía: es un orientalista que se llama Gayangos, un arzobispo que se llama Guerra, un pintor de costumbres que se llama Fernan Caballero, un crítico que se llama Amador de los Ríos, un novelista que se llama Fernandez y Gonzalez, y un batallón de otros espíritus ardientes y fecundos, entre los cuales vive todavía la memoria del gran poeta de la revolución, el célebre Quintana; del Byron de España, Espronceda, de un Nicasio Gallego, de un Martínez de la Rosa, de un duque de Rivas..... Pero el tumulto y la discordia lo arrastran y envuelven todo, como devastador torrente... Para salir de la alegoría: la literatura española se encuentra en condiciones muy parecidas á las que influyen en la nuestra; un grupo de hombres ilustres que están en el ocaso, pero que sentían dos grandes inspiraciones, la religión ó la pa-

tria, ó ambas á la vez, y que dejaron un vestigio duradero que les es propio, y un ejército de jóvenes que van tras ellos á tientas, preguntando lo que han de hacer, antes que hacer algo, fluctuando entre la fe y la duda, ó teniendo fe, pero sin valor, ó no teniéndola y fingiendo no obstante que la tienen; inseguros de su propia lengua y perplejos entre los académicos que gritan:—"¡Purismo!" y el pueblo que exclama: "¡Verdad!"; dudosos entre la ley de la tradición y las exigencias del presente; olvidados de los hombres que dan fama y despreciados de los pocos que imprimen el sello; obligados á pensar de un modo y escribir de otro; á no expresar todos sus pensamientos, á perder el presente por no desprenderse del pasado, y á conducir su nave por entre escollos opuestos. ¡Y es gran honor para ellos si logran hacer flotar sus nombres durante algunos años, sobre el torrente de libros franceses que inundan el país! De aquí nace la desconfianza en sus propias fuerzas y la muerte del genio nacional; de aquí la imitación, que nunca traspasa los límites de la medianía, ó el abandono de la literatura, que pide altos estudios y da grandes esperanzas, por el fácil provecho que se encuentra escribiendo en los diarios... En medio de tanta ruina, sólo el teatro se sostiene en pié. La nueva literatura dramática no tiene de la antigua ni la invención maravillosa, ni la forma espléndida, ni ese sello especial de grandeza que era propio del pueblo que dominaba á Europa y al Nuevo-Mundo; ménos todavía aquella fecundidad increíble y aquella variedad sin límites; pero tiene en cambio, y como en compensación, una doctrina más

sana, una observación más profunda, más exquisita delicadeza, y se halla más adecuada á la verdadera misión del teatro, que no es otra que corregir las costumbres y ennoblecer los corazones y las almas. En fin, tanto en las obras literarias como en el teatro, lo mismo en las novelas que en los cantares populares, historias y poemas, se encuentra vivo y dominante el sentimiento que caracteriza á la literatura española más profundamente, sin duda, que á otra alguna, desde las primeras tentativas líricas de Berceo, hasta los enérgicos himnos guerreros de Quintana: el orgullo nacional.

Y al llegar aquí, ya es hora de que hablemos del carácter de los españoles. Su orgullo nacional es tal, que hoy todavía, despues de tantos descabros y de tan profunda caída, hace dudar á los extranjeros que viven entre ellos si son los mismos españoles de hace trescientos años, ó los españoles del siglo diez y nueve. Pero es un orgullo que nada tiene de ofensivo, un orgullo inocentemente retórico. No denigran á las demás naciones para parecer más grandes; no, las respetan, las elogian, las admiran, pero dejando adivinar el sentimiento de una superioridad que, á su parecer, arranca de esa misma admiración, precisamente, una luminosa evidencia. Y son benignos con las demás naciones, pero con esa benignidad que, segun dice muy bien Leopardi, es peculiar á los hombres que están convencidos de su propio mérito; creyéndose admirados de todo el universo, aman á sus pretendidos admiradores, porque creen que todo ello es debido á la superioridad con que les ha favorecido

la suerte. No hay ni puede haber en el mundo un pueblo más orgulloso de su historia que el pueblo español: es increíble. El muchacho que os limpia las botas, el mozo de cuerda que carga con vuestro equipaje, el mendigo que os pide una limosna, levantan la cabeza y os muestran sus ojos brillantes á los nombres de Carlos V, Felipe II, Hernan Cortés, D. Juan de Austria, como si fuesen héroes de su tiempo y les hubiesen visto entrar triunfantes en la ciudad. Pronuncian la palabra *España* con el mismo tono con que los romanos debían pronunciar *Roma*, en los tiempos más gloriosos de la república. Cuando se habla de España, la modestia desaparece hasta en los hombres más modestos, sin que en su semblante aparezca el menor indicio de exaltación, compañera casi siempre de la intemperancia en el lenguaje. Cantan himnos á la patria, por costumbre y sin notarlo. En los discursos del Parlamento, en los artículos de los periódicos, en los escritos de las academias, se llama al pueblo español, sin perífrasis, *un pueblo de héroes*, la gran nación, la maravilla del mundo, la gloria de los siglos. Es raro oír ó leer cien palabras, cualquiera que sea el que hable ó escriba, y cualquiera que sea el auditorio, sin que salga á plaza el obligado tema de Lepanto, el descubrimiento de América, la guerra de la Independencia, arrancando siempre una explosión de aplausos.

Y precisamente la tradición de la guerra de la Independencia constituye para el pueblo español una fuerza interior inmensa. Quien no haya vivido poco ó mucho en España, no podrá creer que una guerra,

por gloriosa y afortunada que haya sido, pueda prestar á un pueblo una fé tan profunda en su valor nacional, Bailen, Vitoria, San Marcial, son para España tradiciones más conmovedoras y de mayor fuerza que Marengo, Jena y Austerlitz para Francia. La misma gloria militar de los ejércitos de Napoleón, vista á través de la guerra de la Independencia, que lanzó sobre ella la primera nube, aparece á los ojos de España mucho ménos esplendorosa que á los de cualquier pueblo de Europa. La idea de una invasión extranjera arranca á los españoles una sonrisa de indignado desprecio: no creen posible que puedan ser vencidos en su propio país. ¡Era cosa de oír con qué tono hablaban de Alemania, cuando corrió el rumor de que el emperador Guillermo estaba decidido á sostener con las armas el trono del duque de Aosta! Y no hay duda que si tuvieran que sostener otra guerra de independencia lucharían tal vez con ménos éxito, pero con la misma constancia y el mismo valor de que entonces hicieron alarde.—1808 ha sido el 93 de España; es una fecha que cada español tiene ante los ojos escrita con caracteres de fuego; todo el mundo la glorifica, las mujeres, los adolescentes, los niños que empiezan á hablar: es el grito de guerra de la nación.

Y están también orgullosos de sus escritores y artistas. Los mendigos, en lugar de decir *España*, dicen alguna que otra vez: *la patria de Cervantes*. Ningun escritor del mundo ha gozado en su país de la popularidad que tiene en España el autor del *Don Quijote*. Creo que no hay un campesino, un pastor, desde los

Pirineos á Sierra Nevada, desde la costa de Valencia á las montañas de Extremadura, que al preguntarle quién era Cervantes, no conteste con una sonrisa de satisfacción:—*El inmortal autor del Quijote*.—España es tal vez el país donde más se celebran los aniversarios de los grandes escritores. Desde Juan de Mena hasta Espronceda; cada uno tiene su fiesta, en la cual se rinde á su tumba un tributo de cantos y de flores. En las plazas, en los cafés, en los coches del ferrocarril, por todas partes se oyen citar por toda clase de gentes, versos de poetas ilustres; el que no sabe leer, repite la cita como un proverbio, por habérsela oído á otro. Y cuando alguien dice un verso, todo el mundo aguza el oído. Cuando uno conoce un poco la literatura española, puede hacer un viaje por el país, seguro de que encontrará siempre con quien hablar y de inspirar simpatía á cualquiera que se dirija y en cualquier sitio donde se halle. La literatura nacional es allí realmente nacional.

El defecto de los españoles, que desde luego llama la atención de los extranjeros, es que en la apreciación de las cosas, de los hombres y de los acontecimientos, de los tiempos y de su país, traspasan siempre la medida. Todo lo agrandan de un modo desmesurado y ven las cosas como á través de una lente que dilata los contornos más allá de toda proporción. Como no tienen, hace ya fecha, intervención directa en la vida general de Europa, les ha faltado ocasión y lugar para compararse con otros Estados y para juzgarse á sí propios después de la comparación. Por esta razón, las guerras civiles, las guerras de

América, de África, de Cuba, son para ellos lo que para nosotros, no la breve guerra de 1860 y 1861 contra el ejército papal, ó la misma revolución de 1860, sino la misma guerra de Crimea, la de 1859, la de 1866. Hablan de combates, sangrientos sin duda, pero sin importancia, que dieron lustre á sus armas en aquellas guerras, como los franceses hablan de Solferino, los prusianos de Sadowa, los austriacos de Custoza. Prim, Serrano y O'Donnell son generales que ponen al lado de los más célebres de otros países. Me acuerdo del ruido que hizo en Madrid la victoria del general Moriones sobre cuatro ó cinco mil carlistas. Los diputados, en el salón de conferencias de las Cortes, exclamaban con énfasis:—*¡Ehl... ¡la sangre española!* Algunos llegan hasta el extremo de decir que si un ejército de trescientos mil españoles se hubiese encontrado en el puesto de los franceses en 1870, hubiera corrido en línea recta hasta Berlin. Ciertamente, no puede dudarse del valor de los españoles, tantas veces puesto á prueba; pero séame permitido suponer que entre los carlistas sin disciplina y los prusianos reunidos en cuerpos de ejército; entre los soldados de Europa y los soldados de África; entre las batallas regulares en las cuales la metralla corta las vidas á millares y los encuentros donde no figuran más que diez mil hombres de una y otra parte, puede existir alguna diferencia. Y de todo hablan lo mismo que de la guerra; y no se crea que éste sea único achaque de la gente del pueblo, sino que también lo es de las gentes cultas. Se prodigan á los escritores elogios desmedidos; se da el dictado de *grandes poetas*

á muchos cuyos nombres no han pasado la frontera; los epítetos de incomparable, sublime, maravilloso, son moneda corriente que se da y recibe sin que nadie se pregunte ni por asomo si es de buena ley. Se diría que España mira y juzga las cosas, más bien como un pueblo americano que como un pueblo europeo, y que en vez de los Pirineos es un Océano el que la separa de Europa, mientras que un istmo la une á América.

Por lo demás, ¡cuán parecidos á nosotros! Al oír al pueblo hablar de política, cualquiera se creería en Italia. No se discute, se juzga; no se censura, se condena. Un argumento basta para cada cuestión, y es suficiente el menor indicio para formar un argumento.—¿Tal ministro? Un bribon.—¿Tal otro? Un cobarde.—¿Tal otro? Un hipócrita. Todos un ejército de ladrones. Uno ha hecho vender los jardines de Aranjuez; aquél se ha llevado los tesoros del Escorial; éste ha vaciado las cajas del Estado; el de más allá ha vendido su alma por un saco de doblones. No tienen la menor fé en los hombres que manejan la política de treinta años á esta parte; hasta en la plebe se insinúa un desfallecimiento tan grande, que se expresa á cada instante con estos ó parecidos términos: ¡Pobre España! ¡Desgraciado país! ¡Desdichados españoles!

Peró el encono de las pasiones políticas y el furor de las luchas intestinas no ha cambiado el fondo del antiguo carácter español. Es tan sólo la parte de la sociedad que se llama mando político la que está corrompida; el pueblo, aunque inclinado todavía á esas

cegueras y salvajes excesos de pasión que revelan la mezcla de la sangre árabe y latina, es bueno, leal, capaz de sentimientos magnánimos y de rasgos sublimes de entusiasmo. *La honra de España* es una palabra que hace palpar todavía los corazones.—Tiene maneras francas y cariñosas, ménos refinadas tal vez, pero más graciosamente ingenuas que las que tanto se elogian á los franceses. En vez de sonreír ofrecen un cigarro, en lugar de decir una galantería, estrechan la mano y son más hospitalarios en sus actos que en sus ofrecimientos. No obstante, las fórmulas de sus saludos conservan el sello de la más refinada cortesía; un hombre dice á una mujer:—"A los piés de usted;" y la mujer dice al hombre:—"Beso á Vd. la mano;" los hombres entre sí firman las cartas con un Q. B. S. M. (*que besa su mano*), como un esclavo á su dueño; los amigos no se dicen más que "adios," y el pueblo tiene el saludo afectuoso de "*Vaya Vd. con Dios*," que vale más que todos los besos del mundo en las manos.

Con esta naturaleza ardiente y expansiva de las gentes, es imposible permanecer un mes en Madrid sin haberse conquistado más de cien amigos, aun cuando no se hayan buscado. ¡Figuraos cuántos no tendrá quien los busque! Y este caso es el mio. No diré amigos, pero conocidos tenía tantos, que no parecía extranjero. Los mismos hombres ilustres son de fácil trato y no es necesario, como antes, para llegar á ellos, ir acompañados de numerosas cartas y embajadas de amigos. Tuve el honor de conocer á Tamayo, Hartzenbush, Guerra, Saavedra, Valera, Rodríguez,

Castelar y muchos otros, ilustres todos en las letras ó en las ciencias, y á todos encontré iguales: hombres que peinan canas, con la voz y los ojos de jóvenes de veinte años; apasionados por la poesía, por la música y por la pintra, alegres, vivarachos, riendo con risa fresca y sonora. ¡A cuántos he visto leyendo versos de Quintana ó de Espronceda, palidecer, llorar, levantarse súbitamente como electrizados y dejar ver toda su alma en sus miradas fogosas! ¡Oh almas juveniles! ¡Oh corazones ardientes! ¡Cómo me alegraba yo al verlos y escucharles, de pertenecer á esa raza latina tan vilipendiada hoy, y al pensar que todos somos cortados por un mismo patron y que si acabamos por amoldarnos al carácter de los demás, al ménos nunca perderemos el nuestro!

Despues de tres meses de permanecer en la corte fué necesario salir para que no me sorprendiera el verano en el mediodía de España. Me acordaré siempre de aquella hermosa mañana de Mayo, en que abandoné, tal vez para siempre, á mi querido Madrid. Salí para Andalucía, la tierra prometida de los viajeros, la fantástica Andalucía, cuyas maravillas había oido celebrar tanto, en Italia como en España, por novelistas y poetas, aquella Andalucía por la cual puedo muy bien decir que había emprendido el viaje... ¡y, no obstante, estaba triste! ¡Había pasado en Madrid días tan felices! ¡Dejaba allí amigos tan queridos!... Para ir á la estacion del Sur atravesé la calle de Alcalá, saludé de léjos los jardines de Recoletos, pasé por delante del Museo de pintura, me detuve á contemplar una vez más la estatua de Murillo y lle-

gué á la estacion con el corazon oprimido.—¿Tres meses?...—me preguntaba yo, poco antes de emprender el tren su rápida marcha,—¿hace ya tres meses? ¿No ha sido un sueño?—¡Sí, era, en efecto, como si hubiese soñado!—¡Ya no veré más á mi buena patrona, ya no volveré á ver la niña de Saavedra, ni la cara dulce y tranquila de Guerra, ni á los amigos del café de Fornos, ni á tantos conocidos como allí dejaba!—¿Volver?—¡Oh, no, hartó se yo que no podré volver! Así, pues... ¡adios, amigos míos! ¡Adios, Madrid! ¡Adios, mi cuartito de la calle de la Aduana! ¡Me parece que en estos momentos me arrancan una fibra del corazon y me veo obligado á esconder el rostro!

